

Miguel **Dalmaroni**



# **Patria y muerte**

Escritos sobre  
literatura argentina y política

PRÓLOGO

Natalí **Incaminato**

POSFACIO

Enrique **Foffani**

**bulk**  
editores



PATRIA Y MUERTE.  
ESCRITOS SOBRE LITERATURA ARGENTINA Y POLÍTICA

Primera edición en este sello: julio de 2023

© Miguel Dalmaroni, 2023

© Bulk editores, 2023

Girón de las Palmas 1295, Ñuñoa  
Santiago de Chile  
bulkeditores@gmail.com  
www.bulkeditores.com

Imagen de tapa: Patrick Tomasso (Unsplash)

Impreso en Chile & Argentina • *Printed in Chile & Argentina*

ISBN 978-956-6162-08-7

Derechos reservados.



**bulk** editores

[ *la densidad aparente en el papel* ]



## Una crítica de la violencia

Natalí Incaminato .....	11
Noticia .....	17
Los siete locos .....	23
El mal metafísico .....	35
El llanto .....	41
El hombre «no cultural» .....	47
La forma de la espada .....	53
La lluvia de fuego .....	59
Luna con gatillo .....	69
El matadero .....	73
Operación masacre .....	77
La ilusión monarca .....	83
La experiencia sensible .....	87
Sangre de amor correspondido .....	95
La penúltima versión de la realidad .....	101
Lo imborrable .....	111
Cadáveres .....	123
El idioma de los argentinos .....	137
La revolución es un sueño eterno .....	143

## Posfacio

### Los entreveros de la lengua en la prosa crítica de Miguel Dalmaroni

Enrique Foffani .....	147
Bibliografía .....	161



## La forma de la espada

*Quiero convocarlos a nuevas gestas. Tenemos que despojar nuestras cabezas de las cadenas culturales, que son más fuertes, más invisibles, más profundas, que los cañonazos de la flota extranjera.*

CRISTINA FERNÁNDEZ DE KIRCHNER

LA LITERATURA ARGENTINA ENTRÓ a la política del siglo xx narrando una violencia necrófila y guerrera: la frase declamada por Leopoldo Lugones desde un palco patrio en 1924, la frase mil veces repudiada y repetida –«ha sonado otra vez, para bien del mundo, la hora de la espada»– tiene su verdad y su prefiguración en la prosa ilegible de *La guerra gaucha*, de 1905: allí el varón del pueblo en armas, enamorado del Jefe, no negocia su sangre y la derrama. Por amor, Patria o muerte (es una idea de María Teresa Gramuglio, aunque ella llevaba la cosa demasiado lejos, hasta las organizaciones peronistas armadas de los setenta, tirando del hilo de la palabra «montonera»). Patria o muerte, pero casi «sin fusiles y sin bombas», es decir, muerte cuerpo a cuerpo, refalosa, para teñir de rojo el escenario. Guerras, entonces, ya anacrónicas a principios del siglo xx, escritas por una pluma que, voluntarista, retrocede al sueño premoderno, ese que Hegel dató anterior a la pólvora, pertrechado principalmente de sables románticos, facones de bandidos, formas de la espada. No sé si se ha insistido lo suficiente en la filiación lugoniana, desviada pero lugoniana, de

los cuchilleros, los *gangsters* y los gauchos asesinos de Borges (de los que un Borges tardío, moral y civilista, ya escasamente relevante, sabría arrepentirse). Cómo volver a una narración capaz de hacernos algo semejante a lo que hubiésemos sentido, parece, con Homero, con *Las mil y una noches*, con la épica antigua de sajones o germanos, con leyendas sobre hordas de mongoles o lombardos: en la era de la novela y después de Flaubert, sabe Borges, solo es posible fracasar o bien en el sueño irreal de una escritura donde solo sangran los cualesquiera –«Fierro», «Cruz», nombrados con sustantivos comunes–, herederos ya muy remotos hasta de Alonso Quijano y más próximos, en cambio, a Emma Bovary, una ignota muchacha de arrabal; o bien fracasar de igual modo en una literatura que prodiga las decepciones del escritor copista, descendiente avergonzado de *Bouvard y Pécuchet* (por eso Borges se ocupó de desmentir las pretensiones de Lugones y de Ricardo Rojas: para negar que fuese una epopeya, gesta del destino de una nación, replicó que el *Martín Fierro* –la autobiografía cantada de un desertor suelto– es una novela, el género de lo genérico y de lo corriente, donde todos los temas, todos los tipos y todas las acciones dan lo mismo, dan igual y son nada). En uno de los *Cuentos fatales*, también del 24, la secta oriental de los Asesinos deja caer en manos de «Lugones» un puñal mágico, cargado de fantasmas pero sobre todo de un mandato ineludible que, más que a revelar, viene a rubricar la misión predestinada del escritor: hacerse la ilusión de las acciones pero ser solo amo y señor de las palabras. Borges no copia la escena pero la reescribe en el que considera su mejor cuento, «El sur»: un gaucho viejo y arquetípico, eternizado en un rincón panóptico del boliche, tira a los pies de un bibliotecario, lector de *Las*

*mil y una noches*, una daga desnuda que lo obliga a morir en un duelo soñado pero aun así ridículo, un duelo condenado al anonimato y en que el intelectual va camino de ser asesinado por un don nadie, un compadrito de pacotilla. Habrá, como en Lugones, predestinación, violencia y sangre, pero no más que en las pesadillas de un lector compulsivo, afebrado e inactivo a causa de los libros.

La literatura argentina, como la Argentina, es breve. Y no es que uno ignore las ínfulas megalómanas de la identidad: aquello de tener el ejemplar más ancho, más largo o más grande de lo que fuese. O el más variado: ese narcisismo cultural nacionalista marida bien con el pintoresquismo. *De Ushuaia a la Quiaca*, del Atlántico al Ande que yergue su cumbre más alta: largo, ancho y variopinto, qué más se puede pedir. Pero mal que les pese a los pedagogos, a los periodistas y a los legisladores, ya se dijo que inventadas son hasta las tradiciones más venerables y brumosas de la viejísima Gran Bretaña, así que resulta irremediable aunque suene obvio: no salimos allá lejos ni hace tiempo de las brumas legendarias de origen mítico alguno. Nada de magia. Después de los cielitos y los panfletos en prosa letrada que les siguieron en la prensa de unitarios y exiliados, la literatura solo podía ver romanticismo o tragedia en Tierra Adentro o en la Mazorca: guerra a los indios, guerra a los bárbaros. Lo que salía bien –digamos, en fin– era el Sarmiento de *Facundo*, el Echeverría de «El matadero». Como más de un siglo después diría ingeniosamente Ricardo Piglia: mientras en los Estados Unidos se escribía *Moby Dick*, en el Río de la Plata José Mármol multiplicaba las páginas de *Amalia*. El profesional incorruptible de la violencia legítima, San Martín, invento demasiado posterior de la historiografía

liberal, llegó tarde para héroe de un arte de la escritura que a casi nadie se le ocurrió dedicarle (Mitre y Rojas no cuentan, acá hablamos de literatura, en fin): el padre de la patria fue a parar a la estatuaría, a las paredes de los despachos, al cotillón escolar generoso en goma eva y a los *best-sellers* que ciertos *notables* promovidos por la televisión prodigan desde finales del siglo xx para desentrañar los misterios del *ser nacional* o *humanizar* –arguyen– a los próceres. En ese sentido, la operación de política narrativa argentina más atrevida después de Aira la protagonizó el kirchnerismo –más precisamente la Jefa, Cristina Fernández– cuando inventó en pocos años y agitó en sus discursos públicos una versión latinoamericanista, emancipatoria, malvinera y mestiza de la historia patria: Bernardo de Monteagudo y Juan Manuel de Rosas, Mariano Moreno y Perón, digamos, son lo mismo. A la vez, José de San Martín era todos ellos y más, un guerrero profesional, masón e ilustrado pero libertario y maximalista, que acaudillaba a los *cabecitas negras*: indios, mulatos, gauchos y negros andrajosos y analfabetos, pero heroicos y leales («mi General, cuánto valés»). En la operación de ese relato histórico en que los mismos personajes de siempre jugaban roles revisados, hubo otros dos dispositivos importantes, en este caso fílmicos, producidos por el sistema estatal de cine y TV del kirchnerismo, que fijaron –con alcances extraordinarios en niños y docentes– una nueva imagen de San Martín, quizás destinada a perdurar: *El asombroso mundo de Zamba*, una historieta animada para niños que creó y transmitió el canal infantil *Paka-paka*, y en la que «el Libertador» es una especie de superhéroe patriota. Y la película de Leandro Ipiña, *Revolución: el cruce de los Andes* –preestrenada en ocasión del bicentenario de la Revolución



de Mayo–, protagonizada por Rodrigo De la Serna. Ese San Martín de película –el animado y el actuado–, que la Presidenta de la Nación se ocupó pública y personalmente de impulsar, parece haber relevado en buena medida la imagen sanmartiniana de los billetes y también la de Alfredo Alcón dirigido por Torre Nilson en *El santo de la espada*.

Relejeada desde el rigor historiográfico, hay que decir que esa narración sonaba (además de más simpática e ideológicamente preferible) plagaria irónica de los viejos paralelismos que el peronismo adoptó a su manera y a cuyo fuego violento Borges –entre tantos– había sabido echar leña («Dos dictaduras hubo aquí», Rosas y Perón. Y así).